

El venerable Fr. Juan de Tapia, lustre clarísimo de esta provincia y celoso ministro de la conversion de los gentiles en ella, fué hijo de Castilla la Vieja y religioso profeso de N. S. P. San Francisco en la provincia de la Concepcion. No se sabe el lugar de su nacimiento, aunque se tiene noticia que era castellano viejo y de padres nobles é hidalgos: en su juventud primera, apartándose de los trasagos del siglo, hizo asiento en nuestra sagrada familia en el convento de Palencia; comenzó fervoroso para acabar perfecto: los adelantamientos que en el año del noviciado se le conocieron en las virtudes, le pronosticaron religioso consumado: entró á los estudios, compelido de la obediencia, á que aplicándose con celo de servir á Dios en el cultivo de las almas, salió escelente teólogo y predicador clarísimo. Retiróse acabados los estudios á la religiosísima recoleccion de la Aguilera, para de aquel retiro salir despues á predicar penitencia: mortificó su cuerpo toda su vida con rígidas penitencias para sujetarle con ellas á las leyes del espíritu: su elocuencia y facundia era natural y atractiva, y receloso de que en su uso experimentara escesos, no hablaba sin mucha necesidad y con ella las muy precisas palabras: en la humildad fué muy profundo, y nunca le vieron mas alegre que cuando mas

CAPITULO V.

Muere Fr. Juan de Tapia á manos de los indios gentiles, y el donado Lúcas, uno de los primitivos fundadores de esta custodia.

El venerable Fr. Juan de Tapia, lustre clarísimo de esta provincia y celoso ministro de la conversion de los gentiles en ella, fué hijo de Castilla la Vieja y religioso profeso de N. S. P. San Francisco en la provincia de la Concepcion. No se sabe el lugar de su nacimiento, aunque se tiene noticia que era castellano viejo y de padres nobles é hidalgos: en su juventud primera, apartándose de los trasagos del siglo, hizo asiento en nuestra sagrada familia en el convento de Palencia; comenzó fervoroso para acabar perfecto: los adelantamientos que en el año del noviciado se le conocieron en las virtudes, le pronosticaron religioso consumado: entró á los estudios, compelido de la obediencia, á que aplicándose con celo de servir á Dios en el cultivo de las almas, salió escelente teólogo y predicador clarísimo. Retiróse acabados los estudios á la religiosísima recoleccion de la Aguilera, para de aquel retiro salir despues á predicar penitencia: mortificó su cuerpo toda su vida con rígidas penitencias para sujetarle con ellas á las leyes del espíritu: su elocuencia y facundia era natural y atractiva, y receloso de que en su uso experimentara escesos, no hablaba sin mucha necesidad y con ella las muy precisas palabras: en la humildad fué muy profundo, y nunca le vieron mas alegre que cuando mas

abatido: sin la refaccion del sueño pasaba en la oración muchas noches por gozar mas á su salvo las delicias de su amado.

El celo fervoroso que tenia de la salud de las almas, le hizo que dejando el retiro de la santa recoleccion, pasase de misionero á México y de allí á esta custodia, en cuyos caminos padeció grandísimos trabajos y calamidades de hambre, sed, calores y frios, hasta llegar á penetrar á la ciudad de Durango, entonces valle de Guadiana. Aquí descansó algunos dias en compañía del venerable padre Fr. Diego de la Cadena, donde se perfeccionó en el idioma de los chichimecos. Salió á los contornos de Durango en busca de los gentiles que habian muerto poco tiempo antes al venerable Fr. Bernardo Cosin en su apostólica tarea; y llegada ya la hora determinada por la Divina Providencia para la salud de algunas de aquellas almas, fué Fr. Juan oido de los bárbaros chichimecos, como otro San Pablo en Atenas. Suspensos estaban los indios y pendientes de sus lábios, al oír la energía con que en su idioma refutaba sus errores y la elocuencia con que les persuadia lo hermoso de las virtudes, y la claridad con que alumbraba sus entendimientos con las luces de nuestras católicas verdades: y continuando su predicacion todos los dias, ayudado de la gracia como San Pablo, hizo tanto fruto en aquellos corazones bárbaros, que en pocos meses bautizó mas de diez mil indios.

Hecha esta accion heròica y obra maravillosa, pidió licencia al padre Espinareda para salir á México á pedir ministros al provincial de aquella provincia, de quien era esta custodia; concediósele gustoso, y porque llevara en el camino algun compañero con quien aliviar con la conversacion las fatigas, le señaló al hermano Lúcas, indio de Mechoacan, que, vestido de donado, entró con los primeros fundadores de esta custodia al Nombre de Dios, y á la sazón vivia en el convento de Durango, ocupado con santo celo en ayudar al padre Fr. Diego de la Cadena en la enseñanza de la doctrina cristiana á aquellos recién convertidos indios. Era el hermano Lúcas muy inclinado á la virtud y á espirituales ejercicios, y conociendo los padres del Santo Evangelio su religiosidad, celo y talento, le vistieron nuestro santo hábito de donado, para que en la conversion de las almas acompañase á los religiosos que viniéron á fundar la

custodia de Zacatecas. Con este bendito hermano salió de Durango el venerable padre Fr. Juan de Tapia, colmado de merecimientos en la divina presencia y conocimiento de los hombres: llegaron á las serranías de Zacatecas, y como seis leguas antes de llegar á sus cerros, en el parage que hoy se llama de las Tapias, no porque al presente las haya, sino que pudo ser que desde entonces se quedara el sitio con este nombre, á las orillas de un arroyuelo que corre lo mas del año, encontró una ranchería que, conociendo que eran gentiles, comenzó con su acostumbrada eficacia á predicarles: eran estos bárbaros de nacion guachichiles, y los que mas rebeldes á las voces evangélicas, daban mas en qué entender á los españoles con sus insultos y atrocidades.

Viendo esta bárbara gente al padre Fr. Juan de Tapia, que con el Cristo en las manos les afeaba sus bárbaros insultos, trataron de quitarle la vida con sus crueles flechas y macanas, y como no cesaba de predicarles, determinaron quitarle la vida y habla con las macanas, y viendo el bendito religioso que se acercaban, puesto de rodillas, á la fuerza de los golpes, entregó su espíritu con el Crucifijo en las manos, teniendo este venerable padre, como otro Pablo, todas sus glorias colocadas en solo Cristo crucificado. La misma muerte y con las mismas circunstancias dieron al hermano Lúcas, su fiel Achates en todo: tuvieron noticia de sus muertes los religiosos de Zacatecas, que acompañados de alguna gente, fueron á levantar los cadáveres de sus hermanos, que hallaron frescos é incorruptos, pasados ya cuatro dias de sus muertes felicísimas: conmovióse toda la vecindad para ver el tierno espectáculo, y cuando conocieron que era el padre Tapia uno de los difuntos, no pudieron contener las lágrimas, porque en los pocos dias que cuando entró se detuvo en Zacatecas, conocieron todos que era varon digno por su virtud de las mayores estimaciones. Dióseles honorífico sepulcro en la capilla mayor de nuestro convento de Zacatecas, donde sus vecinos le veneraban como á santo, hasta que con el tiempo se ha ido perdiendo su memoria. Y habiendo caido todos los cómplices de tan atroz delito en las manos de los españoles, confesaron contestes todas las circunstancias referidas que precedieron á su muerte, afirmando que

desde el instante en que quitaron las vidas á los religiosos, los habian perseguido unos bultos resplandecientes que les embargaban los pasos, y que solo á los que hirieron á los padres, era á los que aterraban y detenian aquellos bultos lúcidos, por cuya causa solo ellos eran presos y delincuentes, y los que tenian la culpa de aquellas muertes. Sucedieron estas muertes el año de 1557.

CAPITULO VI.

Muertes dichosas del padre Fr. Juan Serrato y del padre Fr. Andrés de la Puebla, sacerdotes, predicando á los indios chichimecos.

Con el infatigable celo de los hijos de la Religion Seráfica, se trasplantó la cristiandad en todas las partes de la América: ya los seráficos obreros predicaban con libertad el Evangelio en Yucatán, Guatemala, México, Michoacán, Jalisco y Zacatecas: solamente corrian riesgo los ministros que ejercitaban su apostólico instituto en el reino de la Vizcaya, que como los indios de estas regiones eran los mas bárbaros y belicosos, ni á costa de tanta sangre religiosa han podido reducirlos. Por los años de 1580, con indecibles trabajos tenian ya los hijos de esta custodia fundados muchos conventos, que como castillos roqueros contra el gentilismo, servian de defensa á los cristianos, causando al mismo tiempo con la espada de la palabra divina en boca de sus ministros, ruina total al imperio del demonio: ya este infernal enemigo, avergonzado y confuso, no se atrevia

à parecer en público, porque cuantas veces intentaba de las suyas, habia salido ignominiosamente confuso, quedando la victoria por nuestros seráficos soldados, en cuya señal veia á su pesar las palmas y la corona en las manos de los que en defensa de la fé, habian muerto por sus sugerencias diabólicas.

Con este conocimiento vivia ya el demonio con los pocos secuaces que le habian quedado, retirado en las barrancas de las sierras, donde tenia su trono y dominio, alucinando á aquellos miserables bárbaros, que ignorantes de sus astucias, le rendian sumisas adoraciones. Supo de estos gentiles y de sus oratorios el padre Fr. Juan Serrato, hijo de esta custodia, y actual guardian de Sombrerete: era este venerable varon natural del condado de Niebla, y habiendo pasado á estas partes, tomó nuestro santo hábito en la ciudad de México, donde dió siempre señales evidentes de perfecto religioso: estudió en aquella provincia, y acabados sus estudios, pidió licencia á los prelados para ocuparse en el ejercicio de la conversion de los gentiles en la custodia de Zacatecas: en esta custodia era actual guardian de Sombrerete, cuando fué martirizado, no en Tzapotlan, como sienta nuestro erudito Torquemada, y consta ser así, porque en tabla capitular de México de aquel año está puesto Fr. Juan Serrato por guardian de Sombrerete, y el lugar donde fué martirizado, que es Atotonilco, quince leguas de Sombrerete, pertenece á esta provincia de Zacatecas, quien nunca fué custodia, ni de la de Michoacan, ni de Guadalajara, sino de la del Santo Evangelio, quien la proveyó de religiosos siempre desde su fundacion hasta que se erigió en provincia, y porque los religiosos que la habitaban eran pocos, y vivian en lugares retirados: siempre en los capítulos del Santo Evangelio se elegia el custodio de Zacatecas y los guardianes de la custodia, como consta de las tablas capitulares de aquella santa provincia, á quien esta conoce solamente por madre.

Noticiado el padre Fr. Juan Serrato de la idolatría escandalosa de aquellos retirados bárbaros, movido de la caridad y bien de las almas, salió con ánimo de esterminar la veneracion que al demonio daban aquellos bárbaros en los torpes ídolos: llegó con grandísimo trabajo al lugar donde semejantes abominaciones se cometian, y viendo cantidad de ídolos, sin poder

contener el volcan de amor divino que en su corazon encerraba, puso por tierra los torpes simulacros, y quemó del todo las sacrílegas aras. Recibieron de esta accion los bárbaros tanto enojo, que le quitaron la vida con sus agudas flechas, acabando felizmente su curso, puesto de rodillas, y predicándoles con tanto valor, como si las saetas fueran flores que le coronaban: que cuando el corazon está encendido en el amor divino, los trabajos, como dijo Crisóstomo, se convierten en regocijos. Murieron con el bendito padre aquel día unos indios cristianos que le habian acompañado de Sombrerete, por los ásperos caminos de la Sierra de Michi, quienes le ayudaron tambien á quemar y destruir los ídolos, á vista de la muerte segura que esperaban de sus enemigos; de que se colige la constancia de su fé y su dichosa muerte. Todo esto sucedió en el pueblo de Atotonilco, tres leguas distante de San Francisco del Mezquital, y siete de la villa del Nombre de Dios, de cuya doctrina es este pueblo de visita; y así, el venerable padre Fr. Juan está enterrado en la iglesia de nuestro convento de la villa del Nombre de Dios, donde están muchos de los primitivos varones apostólicos, que con su virtud y celo ilustraron esta provincia de Zacatecas.

El venerable padre Fr. Andrés de la Puebla fué hijo de la santa provincia de Castilla, quien ansioso de ocuparse en la conversion de los gentiles, vino en mision á la provincia del Santo Evangelio. Aquí vivió con especiales estimaciones de verdadero religioso, porque por su religiosa compostura le querian todos. Ofreciósele una grave persecucion, la que sufrió con imponderable paciencia: en ella previno Dios á su siervo de los innumerables trabajos que le restaban padecer por su divino amor, hasta dar la vida por su amado en las aras del martirio. Mudóle la obediencia á la custodia de Zacatecas; en la cabecera vivió algunos años con edificacion de todo el Real de Zacatecas, que le veneraban como oráculo: en el capítulo de México le leyeron guardian de Sombrerete, que recibió gustoso por la mayor cercanía de los bárbaros, y porque pocos años antes el guardian de aquel convento habia muerto por la fé á manos de los bárbaros. Al despedirse en Zacatecas de una hija espiritual que tenia, profetizó su muerte, diciéndole

que en aquel viage en defensa de la fé le habian de matar los chichimecos. Llegó á Sombrete, y luego pidió licencia al custodio para ir á convertir los bárbaros de la serranía de Topia: concediósela el prelado, conociendo su apostólico celo.

Alcanzada la licencia, siguiendo su derrotero para la Sierra, pocas leguas antes de Canatlan, encontró una gran turba de gentiles, que luego que los vió, conoció que habia llegado el lance en que hiciese á Dios agradable sacrificio de su vida en obsequio de su honra: así se lo advirtió á dos indios que le acompañaban, suplicándoles que se retirasen, si no querian morir á manos de los bárbaros, lo que ejecutaron luego, escondiéndose entre unas peñas, de donde estuvieron mirando sin ser vistos, cuanto pasaba. Enarboló Fr. Andrés á Cristo crucificado, y con fogosa y sagrada escaltacion se encaminó á donde estaban los bárbaros, que no dejaron de temer á los principios, viéndole en cruz, al parecer en el aire. Afrontóse con ellos, afeóles sus errores, persuadióles con eficacia las verdades de la ley de Dios, y continuó predicándoles todo el tiempo que le duró la vida en los dilatados tormentos. Cogieron al bendito padre los bárbaros, y amarrándole fuertemente á un tronco, le dieron tan crueles azotes que se le registraban los huesos: predicábales con mas fervor, cuanto mayores eran los azotes, y viendo los bárbaros que aun los reprendia, le desollaron hasta el casco toda la cabeza, desde las cejas y arriba de las orejas en circuito: no descaeció la valentía de su espíritu con tan cruel martirio, antes, sí, como Cisne Franciscano, viéndose cercano á su ocaso, con mas melodía y valentía entonaba las alabanzas divinas, y afeaba sus abominables idolatrías: pasmarónse los bárbaros á vista del conflicto; pero no se ablandaron sus corazones, que mas obstinados con el invicto sufrimiento del religioso, le quitaron la vida con sus flechas, año de 1586. Los indios, que estuvieron á la vista, dieron noticia en Durango de la lastimosa tragedia, y saliendo el gobernador con gente armada, encontró con la ranchería, que pasó á cuchillo, sin perdonar edad ni sexo, castigo bien merecido á sus sacrílegos insultos: trajeron su cadáver á Durango, y le sepultaron con la posible solemnidad en la iglesia de nuestro convento, donde descansan sus huesos hasta el final juicio.

CAPITULO VII.

Reférense las muertes del padre Fr. Juan del Rio, del padre Fr. Pedro Gutierrez y del padre Fr. Martin Altamirano á manos de los indios.

Por los años de 1586 vivia en el convento de Santa María de las Charcas el venerable Padre Fr. Juan del Rio, cura y guardian de dicho convento, cuyas piadosas memorias califican sus heroicas virtudes: fué hijo de padres nobles y hermano de D. Rodrigo del Rio, llamado el Comendador, porque lo era del Orden de Santiago y su caballero, y por su esforzado valor y servicios de la real corona le envió D. Felipe II el hábito y gobierno de la Vizcaya, en cuyos ejercicios, sin perjuicio de terceros, llegó á ser el hombre mas próspero y rico de todo este reino. Era el padre Fr. Juan varon muy penitente que receloso de las rebeldías de la carne, procuró toda su vida á fuerza de rigores sujetarla á las leyes del espíritu: en la oracion fué tan continuo que consumia en ella las mas horas de la noche, salia de ella tan fortalecido, que por amor de su dulce amado todos los trabajos y penalidades del mundo le servian de recreo: en la guarda de su regla fué tan observante religioso, que no habiendo usado mas que un hábito viejo para cubrir sus carnes toda su vida, cuando murió siendo guardian y hermano de un hombre tan rico y poderoso, no se le hallaron en su celda mas halajas de su uso, que un cilicio, unas disciplinas de alambre y un breviario: en este estado estaba el venerable Fr. Juan con la luciente antorcha de la caridad prevenido, para cuando le llamase su divino esposo.

Sucedió que unos indios bárbaros asaltasen unas casillas

distantes dos leguas del convento, mataron en ellas algunas personas, y una que se escapó en un caballo ligero, trajo noticias de la desgracia y dijo que algunos quedaban muertos y otros agonizando cubiertos de agudas y penetrantes saetas. Los españoles no se atrevieron á buscar los enemigos por ser en número pocos, y crecido el de los bárbaros, y juntamente por no desamparar el pueblo. Apenas oyó el caritativo padre guardian y ministro Fr. Juan del Rio, que estaban algunos agonizando, trató de favorecerlos en aquel trance rigoroso, administrándoles, si los hallase vivos, el sacramento de la penitencia y el santo óleo. Propusieronle los vecinos el grandísimo peligro á que se esponia, y procuraron disuadirle de tan evidente riesgo: y como la caridad no reconoce temores, como nos enseña San Juan en el cap. 4 de su epístola, posponiendo su vida como buen pastor, por la salvacion de las almas de sus ovejas, salió solo, y muy presuroso á remediar aquella necesidad tan urgente: llegó á tiempo en que se confesaron algunos que ya estaban agonizando, y consolándolos y animándolos con caritativas palabras, los ayudó á morir encomendándoles la alma.

En estas piadosas funciones se hallaba el caritativo religioso, cuando vió que de lo alto del cerro bajaban por él los indios bárbaros como lobos carniceros que querian hacer presa en los indefensos corderos; conoció el depravado intento que traian, y quitándose del cuello un devoto crucifijo que traia, con él en las manos, comenzó á predicar á los bárbaros puesto de rodillas, y como estaban encarnizados con el antecedente triunfo, no hicieron aprecio de sus razones, y le dispararon innumerables saetas con su acostumbrada violencia; daban estas en el cuerpo del bendito religioso, y sin herirle, hechas pedazos caian á sus piés al punto: esforzaba la voz el venerable padre predicándoles, y como vieron que no moria, y que con mas valor les predicaba, reconocieron que sus saetas no habian herido su sagrado cuerpo, y enfurecidos con el suceso, hicieron blanco de sus tiros la cabeza del bendito religioso, que penetrándola tres de ellas, dió á su Criador su espíritu. Luego que cayó en tierra, llegaron los bárbaros á registrar el cuerpo, y descubrir el motivo de que no le hiriesen sus flechas penetrantes, y despojándole el hábito, hallaron aquel bendito cadáver que por túni-

ca traia una malla de fierro llena de puntas penetrantes á raíz de sus religiosas carnes, con ella y sin hábito dejaron tirado en el campo al venerable padre los indios, y pasmados y atónitos huyeron á los montes, no sin recelo de ser cruel despojo de las armas españolas (como lo fueron todos en breves dias) por la atroz muerte que habian dado á aquel santo religioso.

Trajeron el cadáver los españoles á nuestro convento de Charcas, donde fué recibido con llanto general y sentimiento de todos los vecinos, porque era padre y amparador de todos. De las virtudes singulares de este varon apostólico, solas las referidas he hallado en papeles fidedignos, y aunque otras cosas se refieren prodigiosas de tradicion antigua, no las pongo por no mezclarlas con las noticias ciertas. Siendo guardian el padre Fr. Francisco de la Maza del convento de Charcas por el año de 1680, trató de rebajar la capilla mayor de la iglesia de este convento, y entre diversos huesos que sacaron, hallaron juntos en un sepulcro unos de color muy encendido rubicundo, que llenaron todo el templo luego que se descubrieron, de un olor muy apacible, que advirtieron todos los vecinos del Real que vinieron á ser testigos del suceso, y aunque hizo novedad el caso; pero no los segregaron de los demas huesos como lo debian haber ejecutado por las raras circunstancias, sino que con los demas los metieron en el osario; pudiendo haber advertido, que serian huesos de algun venerable religioso de los primitivos, y ahora que por papeles ciertos se sabe, que este venerable religioso que murió con tales circunstancias, estaba enterrado en este convento, piadosamente me persuado que serian suyos aquellos rubicundos huesos; pues su dueño vivió siempre encendido en el fuego del amor de Dios y del prójimo.

Del padre Fr. Martin Altamirano, no se sabe ciertamente su patria ni nacimiento, aunque algunos dicen que era hijo de Zacatecas; lo que contestes aseguran cuantos papeles he visto es, que fué varon apostólico, desasido de todas las cosas de este mundo, y observantísimo seguidor de nuestro religioso instituto; fué celosísimo de la salvacion de las almas, y así anduvo sin cesar á caza de gentiles para reducirlos á nuestra verdadera ley. Entró á pié y descalzo en las asperezas del nuevo reino de Leon, cosa que parece increíble por lo áspero y escabroso

de la tierra, y por los grandísimos calores de aquellos países. Desde el convento de Monterey, recién fundado, corria á pié muchas distancias, entrándose por los intrincados montes y registrando los desiertos por atraer gentiles á nuestra cristiana doctrina, alumbrándolos con el verdadero conocimiento y sacándolos del abismo de la ceguedad en que el demonio los tenía. Logró su fervoroso celo la conversion de muchos que catequizados, les aplicó el baño provechoso del bautismo, y redujo á que vivieran políticamente congregados y diesen la obediencia á nuestro católico monarca.

El demonio, envidioso de la copiosa cosecha que hacia este fiel ministro, quitándole de su tirano imperio tanto número de vasallos, receloso de que le quitase del todo su imperio, sembró un odio mortal en los pechos de unos indios gentiles que moraban en un sitio que hoy se llama la Silla. Estos les cogieron horror porque despoblaba de indios los campos, y llenaba de cristianos los pueblos, y hallando oportunidad los bárbaros en una ocasion que les predicaba, le cubrieron impiamente de saetas, y sufriendo con toda paciencia la cruel muerte que le daban y las afrentas que le decian, dió su espíritu al Señor con general sentimiento de los bárbaros convertidos, que le amaban como á su mismo padre, y de los vecinos del nuevo reino, que perdieron en él un amoroso pastor, en quien hallaban consuelo en cuantas necesidades se ofrecian, componiendo los litigios de las nuevas poblaciones con una prudencia singular, con que le habia Dios dotado, que bien era necesario que fuese de Dios la prudencia para componer las discordias de una tierra que habiéndose criado en ella sus vecinos, aun hoy perseveran pleitistas sus moradores. Sucedió su dichosa muerte año 1606, despues del principio de la fundacion de nuestro convento de Monterey donde está enterrado este venerable religioso.

El padre Fr. Pedro Gutierrez, hijo de esta santa provincia, en el mismo año de 1606 padeció semejante muerte, y logró igual corona con el asalto rigoroso que padeció el reino de la Vizcaya de la nacion tepeguana, como tengo referido: este venerable padre era religioso adornado de todo género de virtudes á que acompañaba con exceso singular el celo de la salvacion de las almas, para cuya consecucion habia aprendido con

eminencia los idiomas de las belicosas naciones de la Vizcaya. En prosecucion de sus deseos y su apostólico ministerio le cogió el alzamiento en un pueblo llamado Santa Catalina, pocas leguas adelante de Santiago Papasquiario, donde como queda dicho, el dia antes, ó aquel mismo dia, habian muerto los bárbaros tres religiosos de la Compañía de Jesus en su apostólico ejercicio. Asaltaron de improviso el pueblo de Santa Catalina los indios tepeguanes, recogióse toda la gente á una casa que les pareció suficiente para alguna defensa: procuraban los españoles defenderse y el venerable padre los consolaba con el rigoroso y apretado lance tan fatal como repentino, y viendo los indios que se habian fortificado en la casa los españoles, pusieron fuego á ella por todas partes con ánimo de que pereziesen todos á la voracidad del incendio.

Viendo el padre tan á los ojos el peligro, salió á ponerse ante los sangrientos bárbaros y con eficaces razones les dijo en su idioma que si se hallaban sedientos de cristiana sangre, derramasen la de sus venas, perdonando la de tantos inocentes como se hallaban cerrados en aquella pobre casilla. Persuadiales con tal eficacia en su idioma, que los tuvo mucho rato indeterminados y suspensos, hasta que cogiendo un indio cruel el razonamiento, dijo que por qué se detenian cuando era su última resolucion no dejar cristiano español á vida; motejóles de cobardes, y comenzando él á tirar saetas, dió á los demas ánimo para que ejecutasen lo mismo, quitándole allí la vida con tiranía, que mientras le duró, aunque herido de muerte, no dejó de predicarles. Muerto el religioso abrasaron á todos los demas, pereciendo multitud de gente en el incendio, y si alguno escapaba de las llamas rigorosas, daba en las saetas de los indios, y huyendo de la Scila del incendio tropezaba en la Caribdis del indio bárbaro. Enterraron á este bendito religioso en el colegio de la sagrada Compañía de Jesus de Santiago de Papasquiario entre los cuerpos de los varones apostólicos de este sagrado Instituto, que murieron tambien á manos de los bárbaros.